N. 8.

COMEDIA.

NO HAY VIDA COMO LA HONRA.

DEL Dr. JUAN PEREZ DE MONTALVAN.

PERSONAS.

Don Carlos Osorio.
Don Francisco Centellas.
Don Pedro, viejo.
El Virrey.
El Conde Astolfo.
Tristan, gracioso.
Teodoro, criado.
Leonor, Dama.
Estela, Dama.
Ines, criada.

JORNADA PRIMERA.

Salen Don Carlos Osorio con grillos, y Tristan, su Criado.

Carl. Qué dices de mi fortuna?
Trist. Que aun asi estás muy galan.
Carl. Esto es ser pobre, Tristan:
desde mi primera cuna
nací con aquesta estrella.
Trist. No es muy mala, pues Leonor
te muestra tener amor.
Carl. Pues sino fuera por ella
qué hubiera sido de mí?
Trist. Y esos grillos? *Carl.* Ya se trata
de reducirlos á plata,
y entre tanto estaré asi,
pues no me quiere escuchar
el Virrey. *Trist.* Es un....
Carl. Detente,
no te arrojes neciamente,
que en todo caso el honrar
á la Justicia, es justicia.
Trist. Dices bien, pero no quando
trae la Justicia arrastrando
la prision y la malicia,
que quien Justicia no hace,
no es Justicia para un hombre.
Carl. Basta tener solo el nombre,
aunque tal vez se disfrace.
No has visto á un hombre mirar
con risa, alguna pintura
tan grosera y tan obscura,
que le obliga á murmurar?
Mas si el mismo que la ofende,
por las letras, que á los pies
tiene, vé que imagen es,
aunque al pincel reprehende,
humilde y con el sombrero
quitado, no revencia
su retrato? *Trist.* Es evidencia.
Carl. Pues de la Justicia infiero
lo mismo, bien puede ser
que esté tan mal retratada,
que no se parezca en nada
á quien debe parecer.
Mas la Vara es un renglon,
que dice: *Yo soy Justicia*,
y no obstante su malicia,
se le debe adoracion:
que aunque sea siendo ingrata
á su nombre soberano,
pintura de mala mano,
en efecto á Dios retrata.
Y no es justo que los dos
intentemos ofender
á quien puede responder,
que es un traslado de Dios.

Sale Fernando, de camino, con grillos, y Teodoro.

Fern. Hay tan extraño suceso!
Teodoro, lo por venir
quién lo puede prevenir?
Teod. Tú de esta suerte? Tú preso?
Fern. Trató mi padre casarme
con Doña Leonor de Ibarra,
mi prima, muger bizarra,
y que puedo enamorarme
antes de verla; porque es
(segun dicen) bella moza:

A

llego aqui de Zaragoza,
y antes de entrar, ya lo ves,
sobre salpicar á un hombre,
acaso, y sin culpa mia,
me dixo tal demasia,
(hombre al fin de baxo nombre)
que á apearme me obligó,
y darle de cintarazos,
sin esperar á otros plazos:
llegó la Justicia, y dió
en que el hombre estaba herido,
costumbre, ó codicia antigua,
y asi mientras se averigua,
adonde ves me han traido,
y adonde yo por no hacer
con mi tio, y con mi esposa
mi cordura sospechosa,
no me he querido valer
en esto de su favor,
puesto que con veinte escudos,
que harán hablar á los mudos,
me dice el Procurador
que de aqui me sacará.
Teod. Eso es negociar callando.
Trist. Este es aquel Don Fernando
que te dixe. *Fern.* Oye, alli está,
y aun mirando con cuidado,
Miranse los dos Caballeros.
aquel hidalgo, de quien
dicen todos tanto bien.
Carl. Qué brioso! Qué alentado!
Fer. Hablarle quiero. *Car.* Acá viene. *lleg.*
Trist. Ya se miran, ya se llegan,
ya se abrazan, ya se ruegan.
Fern. Toda esta licencia tiene
la carcel: gentil presencia! *ap.*
Carl. Vos me honrais.
Trist. Quién tal pensara!
Por un ojo de la cara
no harán una reverencia.
Qué tales están los dos
para danzar un torneo.
Carl. Si por la carcel grangeo
un amigo como vos,
en deuda estoy á los grillos,
pues han sido los terceros.
Fern. Qué haremos? *Carl.* Entre
naypes hay, y mas, librillo:
he traido, escoged, ea,
y sentaos. *Fern.* Mejor será,
pues tiempo nos sobrará,
hablar en algo, que sea
de mas gusto, y asi os ruego,
porque os he cobrado amor
desde que os ví, que el valor
rinde, y aficiona luego,
vuestra prision me digais,
que por esas escaleras
la cuentan de mil maneras.
Carl. Puesto que tanto me honrais;
oid, si os hago servicio.
Teod. Ya están asidos los dos.
Trist. Pues juntemonos yo, y vos,
á rezar en este oficio.
Sacan una baraja de naypes, y vanse.
Carl. Ya os habrá dicho esta gente,
que soy Don Carlos de Osorio,
Caballero de Valencia,
mas noble que venturoso.
Nací hidalgo como el Rey;
mas tan pobre, que me corro,
vive Dios, de haber nacido,
para ser blanco afrentoso
de los buenos, y los malos,
de los unos, y los otros;
que es la pobreza un lunar
tan feo, que en qualquier rostro,
sirve de escalon obscuro
adonde tropiezan todos.
Viendome, en fin, desvalido
de la fortuna y el oro,
patrimonios que dá el Cielo
al formar el alma á soplos.
Estudié de Humanidad,
que es lo que llaman los Doctos
Buenas Letras: lo que basta
á un Cortesano curioso.
Danzo tambien, corro, esgrimo,
y quando se ofrece, toco
sin melindre una vihuela,
en su metro numeroso:
y sobre todo, hago versos,
sin decir mal de los otros,
que para el siglo que corre
os prometo que no es poco.
Determineme á no amar,

porque fuera lance improprio,
siendo pobre, divertirme
en empleos amorosos;
que amar sin tener que dar,
ó es preciarse de muy loco,
ó tener hecha la cara
al desaire de andar corto.
Mas viendo á Casandra un dia,
(no es este su nombre proprio,
mas callole por modestia)
quedé mudo, quedé absorto,
y quedé mas pobre que antes,
pues liberal á mi modo,
hasta sin alma quedé,
porque la ferié á sus ojos.
Amabanla Feliciano,
Floro, Alberto, Lucidoro,
y el Conde Astolfo, sí bien,
con mas licencia que todos
el dicho Conde, por ser
mas noble, ó mas poderoso.
Antojósele (qué dicha!)
baxar una noche al soto
á enamorar á sus Ninfas,
ó á dar nieve á sus arroyos,
y viniendo por el Rio
en su coche, y trás él Floro,
el Conde, Alberto, y Ricardo,
y yo tambien, que iba solo,
como carta que en el juego,
donde el amor pide oros,
es figura, y no ganancia,
y asi la descartan todos:
sucedió que los caballos
atentos á un alboroto
que mas adelante hacia
el placer de algunos mozos,
se alteraron de manera,
que sin atender fogosos
á los preceptos del freno,
rompiendo el cristal sonoro,
se abalanzaron al Rio
con tal fuerza, que el Piloto
de aquella encerrada barca
probó el agua, midió el golfo.
Ya lo veis, Casandra entonces,
sacando el turbado rostro
por el cancel de un estrivo,
con acentos lastimosos,
piedad al Cielo pedia,
y á sus amantes socorro.
Mas ellos (quién tal pensara!)
como peñas, como troncos
inmoviles al remedio,
y á su voz estaban sordos.
Llegué yo entonces, y ciego
de ver su tibieza, arrojo
el vestido, aunque era tal,
que me hiciera poco estorvo.
Salto al agua, esgrimo el brazo,
hiero el ayre, el cristal rompo,
y al coche voy, que parado
parecia verde escollo,
cercado de plata falsa,
y de sucesivo plomo.
Entro dentro, y ella ansiada
con el susto, y el asombro,
al cuello me echa los brazos,
y yo en ellos la acomodo
sin aliño, que la priesa
dió licencia á tan forzosos
favores, que aun el recato,
que hasta alli fue melindroso,
dicen, que enseñó al cristal,
por no decir á mis ojos,
de la coluna de seda,
no sé si seda con oro.
Iba Casandra sin pulsos,
y caía sobre un hombro
izquierdo mio su cara;
y como el golpe furioso
del agua con mil baibenes
me combatia; ella, y todo
mudaba sitio á la cara,
tanto, que sus labios roxos
ví tal vez, como de paso,
con los mios venturosos
encontrarse sin querer,
porque entre su cielo hermoso,
y entre mi rostro, no habia
mas tabique que mi rostro.
En esto ya sus amantes,
ó corridos, ó envidiosos,
se habian escondido: en fin,
Casandra de aquel asombro
cobrada, con un suspiro

que el arte guardó con otros,
corriendo las dos pestañas,
fue sumiller de sus ojos:
y apenas volvió en su acuerdo,
quando salpicando á trozos
con viva sangre la nieve,
Señor Don Carlos de Osorio
(me dixo) para quereros
bastaba solo el abono
de ser quien sois, y saber
que os debo, no, no lo ignoro,
dos años de voluntad;
pero ahora que conozco,
que os debo tambien la vida,
creed que á mi cuenta tomo
la paga, y creed tambien
(esto cubriendose el rostro)
que os tengo amor, y algo mas.
Con esto quedé tan loco,
Fernando, que aun no creí,
por ser mio, tanto gozo;
que es en un hombre abatido
el favor tan sospechoso,
que volví á mirar al campo,
por ver si hablaba con otro.
Estaba cerca un molino,
y para con mas decoro
poder secarme y vestirme,
á su sagrado me acojo.
Allí estuve hasta la noche,
y al volver, entre unos olmos,
me pareció que habia gente,
y con mas atencion, oigo
hablar seis hombres tan cerca,
que casi con ellos topo;
y con la luz, que la luna
daba prodiga, conozco
que es el Conde y sus criados,
que como una fiera ó toro,
me acosan y me retiran;
mas yo diestro y animoso,
al primero que encontré,
que fué acaso el Conde Astolfo,
en la mano de la espada
alcancé un mandoble y roto
de una vena el primer velo,
bañó de purpura el pomo.
Llega entonces la Justicia
de la Hermandad, que el contorno
de aquel campo visitaba,
y sin oir en mi abono
mis disculpas, al Virrey
me llevan, que rigoroso
solo conmigo, quizá
porque vió que estaba roto,
maniatado hizo traerme
á este obscuro calabozo,
donde á poder de la envidia
vivo el hombre mas dichoso
que tiene el mundo: aqui estoy
de aquella deidad que invoco,
regalado cada dia,
aqui me escribe, y respondo
lo menos de lo que siento,
y lo mas de lo que ignoro.
Esta es, Fernando, mi historia,
esta es la luz que enamoro,
esta la Aurora que sigo,
esta la dicha que gozo,
esta la vida que paso,
esta la suerte que logro,
esta la gloria que espero,
y esta la Dama que adoro.

Fer. Notable historia por cierto,
y digna de eterna fama!
Con razon Casandra os ama.

Carl. Pues de camino os advierto,
que es lo mejor de Valencia,
rica, hermosa, y celebrada.

Salen los Criados.

Trist. Oye.. *Teod.* Escucha.

Trist. Una embaxada
á lo que en la diferencia,
de color alegre, y triste,
magra, y gorda, mala, y buena,
parte gusto, parte pena,
ansia, y gloria, susto, y chiste,
te traigo. *Carl.* Pues di primero
la buena. *Trist.* Pues no es mejor
saber antes lo peor,
porque el bocado postrero
te cure de aquella mala?

Carl. No, Tristan, que puede ser,
si entrambas se han de saber,
que la mala sea tan mala,
y de tanto rigor llena,

que no me dexe en el pecho
á la vida de provecho
para que sepa la buena;
y la buena puede ser
tan dulce en el razonar,
que no le dexe al pesar
rastro para acometer:
y asi diestro Maestresala
la buena es bien que me des,
que harto tiempo habrá despues
para trincharme la mala:
empieza, acaba, di presto.
Trist. Pues digo, que libre estás;
esa es la buena. *Carl.* No mas!
Trist. No mas? Pues es barro esto?
Carl. Levantóse el Conde? *Trist.* Sí,
y el Virrey está informado
del caso, y orden ha dado
para que salgas de aqui.
Carl. Di ahora la mala. *Trist.* Digo,
que el siervo de D. Fernando...
Carl. Ya escucha el alma temblando.
Trist. Ha estado hablando conmigo,
y dice que su señor
es de Leonor....
Carl. Qué? *Trist.* Pariente,
y que su padre... *Carl.* Detente.
Trist. Viendo en estado á Leonor;
ya me entiendes, moza y bella,
le envia á casar. *Carl.* Pues bien.
Trist. No conmigo. *Car.* Pues con quién?
Trist. Dice el siervo, que con ella.
Carl. Con Leonor? *Tris.* Sí, con Leonor.
Carl. Diceslo de veras? *Trist.* Sí.
Carl. Todo el cielo sobre mí
se ha caido (ay triste amor!)
ya no puede la fortuna,
ni dar mas, ni querer mas.
Trist. En efecto, libre estás,
y sin dilacion alguna.
Fern. El otro negoció presto.
Carl. Y viene á ser lo peor,
que la historia de Leonor,
aunque con nombre supuesto,
le he contado. *Fern.* Pues, amigo,
no me dais el parabien?
Libre estoy. *Carl.* Y yo tambien.
Fern. Vos tambien?
Carl. Ay, enemigo! *ap.*
Sí, Fernando. *Fern.* Ireis ahora
á ver á vuestra Casandra.
Carl. Aunque ciega salamandra
soy de su fuego, y la adora
toda el alma, hasta las dos
de la noche no podré.
Tristan, qué diré? qué haré?
Trist. Disimular. *Fern.* Pues de vos,
puesto que lugar habrá,
me he de amparar.
Carl. No seais corto,
aquí estoy, si acaso importo.
Fern. Yo soy nuevo en el lugar,
no sé las calles, y quiero
que á una casa me lleveis,
que acaso conocereis.
Carl. Esto mas, cielos! Qué espero?
Y es? *Fern.* De D. Pedro de Ibarra.
Carl. Es muy grande señor mio:
ay tal suceso! *Fern.* Es mi tio.
Carl. Una hija muy bizarra,
si acaso yo no me engaño,
ha de tener: ay amor!
Fern. Llámase Doña Leonor.
Carl. Por mi mal y por mi daño.
Fern. Discreto sois, y pues vos
el alma me habeis fiado,
sabed que vengo casado
con ella. *Carl.* Mal te haga Dios. *ap.*
Fern. Qué dices? *Carl.* Ay triste! Digo
que es muy hermosa muger;
esto es morir ó querer? *ap.*
Fern. Mirad que venis conmigo
hasta ponerme en su casa.
Carl. Esto en qué fabula cabe?
Trist. Medianamente se sabe.
Carl. Lo que ahora por mí pasa, *ap.*
tal estoy, que no lo creo.
Fern. Venid, porque verla pueda.
Carl. Muerto voy: todo os suceda....
Fern. Cómo? *Carl.* Como yo deseo.
Vanse, y salen algunos criados, y el Conde con banda, acompañando á Leonor y á Ines con mantos.
Leon. Vueseñoria, de aqui
no ha de pasar. *Cond.* Quien se abrasa,
por todo pasa. *Leon.* Mi casa

no es Iglesia. *Cond.* Para mí
siempre cruel. *Leon.* Soy quien fui.
Cond. Pues tomar agua bendita
de un hombre, qué da ni quita?
Leon. No da, ni quita, Señor;
mas tengo al agua temor,
aunque sea agua bendita.
Aquella pila, aunque breve
(tanto puede el temor mio)
la imagina un grande rio,
que á sus margenes se atreve,
y vuelta la grana en nieve,
tomó su furia cruel,
porque si tropiezo en él,
es fuerza, Señor, llamaros,
y no quiero aventuraros
á que os arrojeis á él.
Cond. Ya os entiendo; mas responde
mi amor, que la voluntad
en una publicidad
tal vez el amor esconde.
Leon. Es engaño, señor Conde,
que el hombre que ve á su dama
con peligro en vida, ó fama,
y la suya no aventura,
ó rebienta de cordura,
ó es muy poco lo que ama.
Mandadme, señor, en cosa
que pueda serviros yo;
mas en cosa de agua, no,
que es para mí peligrosa,
y si es ocasion forzosa,
gusto, tema ó interes,
yo entraré al agua cortes;
mas con condicion.... *Cond.* Decid.
Leon. Que esté Don Carlos alli,
por si peligro despues.
Aunque no, no quiero tal,
porque si el agua se atreve,
y hollando la riza nieve,
me socorre liberal,
podrá ser que le esté mal,
y que envidiando su suerte,
á la noche se concierte
en disimulado alarde,
algun nadador cobarde,
que salga á darle la muerte.
Cond. A tan necio responder,
la mejor satisfaccion
será quitar la ocasion,
y dexaros por muger,
que despues yo sabré hacer....
Leon. Qué ha de hacer Vueseñoria?
Cond. Vengar esa groseria. *Leon.* Cómo?
Cond. Matando, pues puedo....
Leon. A quién? *Cond.* A D. Carlos.
Leon. Quedo,
ay Carlos del alma mia! *ap.*
Cond. Vos vereis... *Leon.* Es rigor fiero.
Cond. A quien mereció esos brazos...
Leon. Cómo, Conde? *Con.* Hecho pedazos.
Leon. Pues digo yo, que le quiero?
Cond. No; mas tengo por agüero,
que compitamos los dos.
Leon. Señor Conde Astolfo, á Dios.
Ines. Qué has hecho? *Cond.* Voy á trazar
la muerte que le he de dar,
para vengarme de vos.

Vase el Conde, y queda Leonor sola.

Matar á Carlos mi enemigo quiere,
para que yo le quiera agradecida;
muerta debo de ser, muerta ó herida,
pues en Carlos me hiere, si le hiere.
Que viva yo sin Carlos, no espere,
porque tengo á su vida el alma asida,
y es descomedimiento de la vida,
que viva el cuerpo, quando el alma mue- (re.
Conde cruel, si por mirarme esquiva,
solicitas de Carlos la venganza,
á tí te está mejor que Carlos viva.
Que aunque por él mi desamor te alcanza,
si vive, vivo yo, y estando viva,
tal vez podrá engañarte la esperanza.

Vase, y salen Carlos, Fernando, y Tristan.

Fern. Llegamos ya? *Carl.* Ya llegamos.
Fern. Vive Dios, que está una legua
de la carcel esta casa;
valgate Dios por Valencia!
Hecho pedazos estoy.
Tris. Señor, dónde vas? Qué intentas!
Carl. No sé, Tristan. *Trist.* Yo lo creo:
pues dime, con qué conciencia
traes á este hombre arrastrando
por calles, y callejuelas
dos horas ha sin parar,
dando vueltas, y mas vueltas?

Carl. Mira, en pensar que le llevo
(ay Tristan!) á que la vea,
á que la adore, y quizá,
á que se case con ella,
pues llegar á ver sus ojos,
y adorar sus luces bellas,
aunque parecen dos cosas,
para mi son una mesma:
me pierdo tanto, que tuve
la mano en la espada puesta
para darle de estocadas.
Trist. Y eso decislo de veras?
Jesus, qué mal pensamiento!
Reza muchos credos, reza,
porque Dios te guarde el juicio.
Carl. Menos tendré, quando veas
que doy voces como amante.
Trist. Y aun como loco pudieras.
Fern. Tristan, tu señor qué tiene,
que ya tirando las cejas,
ya los ojos en el Cielo,
y ya el semblante en la tierra,
va hablando consigo mismo?
Trist. Señor, mi amo es Poeta,
y los tales quando escriben
mudan mas de quatrocientas
caras en una hora sola:
porque si es de cosa tierna,
se retozan ellos mismos,
se mirlan, y se gorgean.
Si es de guerra, se ensayonan,
se encolerizan, y emperran;
de manera, que tal vez,
llevados de aquella idea,
encasquetando el sombrero,
al primero con que encuentran,
como si fuera de Olanda,
de Francia, ó Inglaterra,
diciendo: Santiago, á ellos,
cierra España, todos mueran;
le dán dos, ó tres puñadas,
ó le quiebran la cabeza.
Ahora que abrió los brazos,
y dando al sesgo una vuelta,
se puso de Orate Frates,
escribe sin duda quexas.
Carl. Este loco siempre está,
aunque el mundo se revuelva,
de gracia; lo cierto es,
y bien la color lo muestra,
que al volver por esa esquina
encontré al Conde, y la fuerza
del enojo, y de los zelos
me ha puesto de esta manera.
Ello ha de ser, pues qué aguardo¿
Denme los Cielos paciencia:
esta es, Fernando, la casa;
llama, Tristan, á esta puerta.
Mas tente, que desde aqui,
con mediana diligencia,
puedes verla antes de hablarla;
porque ella, y su prima Estela
cantando á las almohadillas,
para entretener la fiesta,
han hecho jardin el patio.
Fern. Y Estela vive con ella?
Carl. No vive, pero el amor
que la tiene, es de manera,
que se juntan cada dia.

Descubrese un estrado, donde están haciendo labor Leonor, Estela, y Laura.

Trist. Si chirimias hubiera,
Cant. Laur. „Fuera tramo ya á pie quedo,
„mas escucha, que ya suenan.
„De su querido Vireno
„la bella Olimpa se quexa,
„mas porque la lleva el alma,
„que porque el honor se lleva.
„Ay! dice, triste y quexosa.
Leo. No trates, Laura, de quexas,
que parece que es ponerme
miedo, y estoy muy resuelta:
Ay preso del alma mia!
Carl. La de la mano derecha...
Trist. Acabalo de parir.
Carl. Es Leonor. *Est.* Buena cabeza,
bien tocada estás. *Leon.* Ay, prima!
Si de un deseo digeras,
no pienso que te engañaras.
Carl. La otra es su prima Estela,
que para estrella le falta,
quizá por yerro dos letras,
y le sobran para el Sol
muchas. *Fern.* Por cierto que es bella!
Mas Leonor... *Carl.* Qué te parece?

Fern. Qué me parece? Que es flecha
del mismo amor, que es un rayo
del Sol, que es Sol, y que de ella,
para aprender á lucir
pueden baxar las estrellas
desde su Cielo. *Trist.* No pueden,
que están de aqui muchas leguas,
y baxarán despeadas.
Carl. Ay tal cosa? Qué consienta
esto un hombre? Vive Dios...
Fern. Carlos, qué colera es esa?
Tris. Ahora escribe batallas.
Carl. En viendo que alguno llega
á gozar con libertad,
lo que quiere, ó lo que intenta,
me acuerdo de aquel tyrano,
que asi mi ventura inquieta,
y sin poder resistirme,
como si aqui lo tuviera,
me alboroto. *Trist.* Es muy sanguino:
mas que dás con todo en tierra?
Est. Digo, que es aquel Don Carlos.
Leon. Dices bien: ay, prima, dexa,
dexa el almohadilla ahora,
y pues mi padre está fuera,
dile que entre; y de camino
hecha la aldaba á la puerta:
vosotras desde el balcon,
ya me entendeis, tened cuenta.
Fern. Ya nos ha visto, yo llego.
Carl. Primero, con tu licencia
he de ganar las albricias,
porque Leonor por las nuevas
hable á Casandra mañana.
Fern. Muy enhorabuena sea,
tu amigo soy, aqui aguardo.
Leon. Mi bien? *Carl.* Señora?
Leon. Asi llegas,
despues de tanta prision?
A quién miras? En qué piensas?
Carl. No sé señora. *Leon.* Qué decis?
De qué calle me haces señas?
Carl. Tente por Dios, que te pierdes,
y está la causa muy cerca.
Leon. Qué dices? Habla mas claro.
Carl. Este hidalgo que alli queda,
es Don Fernando, tu primo,
viene á casarse contigo,
es muy galan, tu su deuda,
la parte el Juez de esta causa,
yo el que espero la sentencia,
mi verdugo el desengaño,
este pátio la escalera,
ya me quieren arrojar;
harto he dicho, á Dios te queda.
Leon. Mi bien, esposo, señor,
oye, escucha, advierte, esperar.
Carl Qué quieres? *Leon.* Que te reportes:
qué lastima! y qué verguenza!
Cierto, que quando te vi
llegár con turbada lengua,
ya mordiendote los labios,
ya desquiciando sin cuenta
de su lugar las palabras,
y ya escupiendo centellas
por los ojos, que pensé
que el Cielo sobre la tierra
se caia, ó que el Virrey
con ocasion, ó sin ella
te desterraba del Reyno,
ó que por vengar su ofensa
el Conde, andaba pagando
á quien la muerte te diera,
que ya las muertes se pagan
como el paño en una tienda;
y confiesote, que estuve
escuchandote mas muerta
que viva; mas ya que se
que es la ocasion tan diversa,
vuelvo en mí: Jesus qué susto!
No te perdono la pena
que me has dado. *Carl.* Ahora burlas,
viendome morir de veras.
Leon. Carlos, si que nada importa
que mi primo vaya, ó venga:
nadie se casa dos veces
en la Catolica Iglesia,
antes de haber enviudado:
yo, conforme á mi conciencia,
ha dias que me casé,
estás vivo, yo contenta,
soy Christiana, temo á Dios;
harto he dicho, el mundo venga.
llama ahora á Don Fernando.
Quieres mas? *Carl.* Solo quisiera
podèr bèsarte los piès.

Leon. Las manos están mas cerca:
y he de abrazar al tal primo:
Carl. Eso es fuerza.
Leon. Pues si es fuerza,
ponte detras, y al descuido
te daré la mano izquierda:
llamale. *Carl.* Venero el amor.
Leon. Esto es, prima, estar resuelta.
Fern. En fin, negociaste bien?
Carl. Está loca de contenta.
Fern. Mucho me huelgo. *Trist.* Tragola
el señor novio. *Est.* Ya llegan...
Fern. Ya os habrá dicho Don Carlos...
Leon. Los brazos son la respuesta; *abra-*
de lo que Carlos me ha dicho, (*zanse.*
vengais muy enhorabuena.
Trist. Como una cordera está
Llega Carlos, y besa la mano.
aguardando, llega, y besa.
Fern. Este abrazo fue por prima.
Leon. Y este por esclava vuestra.
Trist. No aguarda que se lo rueguen.
Leon. Mirad que mi prima espera
para besaros la mano.
Fern. Perdonad, señora Estela,
que Leonor tuvo la culpa.
Leon. Y mi tio, cómo queda?
Fern. Con salud, aunque la gota,
algunas veces le aprieta.
Est. No es muy galan vuestro primo?
Leon. Parece que le requiebras,
quieres que diga que si?
Que lo haré porque tu quieras,
mas no porque le he mirado:
dame el pulso, estás enferma?
Sientes algo en ese pecho?
Duelete ya la cabeza?
Jesus, que calenturon!
Est. Por tu vida, que estoy buena,
que no me muero, Leonor,
tan apriesa como piensas.
Trist. Con la cabeza te dice,
que te vayas, y que vuelvas.
Carl. Pues voime: Fernando á Dios,
dadme hasta despues licencia.
Fern. Carlos, esta es vuestra casa,
mandad, disponed en ella.
Leon. Al Señor Don Carlos, primo,
por obligacion y deuda,
debemos servirle todos.
Carl. Tristan, si ahora le cuenta
lo del rio. *Trist.* Pues por qué,
no le avisaste? *Carl.* Qué pena!
Yo señora... *Leon.* Veis, Fernando,
á Carlos, que tan de nuevas
se hace? Pues yo le debo...
Cal.. Sí, porque mi padre era
gran servidor de esta casa:
ay Tristan, si me entendiera!
Leon. Aun no me acordaba de eso.
Carl. Si es, porque estando en la Iglesia
el otro dia, á un hidalgo,
que habló mal en vuestra ausencia,
le dixe lo que seria,
fue respeto á vuestras prendas.
Trist. No entiende mas que una burra.
Leon. Que propio es de la nobleza,
disimular los favores,
y encubrir las gentilezas.
Esto digo. *Carl.* Muerto estoy.
Leon. Porque si por el no fuera,
ya no tuvierades prima.
Fern. Carlos se turba, y altera,
y Leonor dice, que debe
tanto á Carlos: mas qué fuera,
que Leonor fuera Casandra?
Carl. Dexadlo por vida vuestra.
Leon. Pues no es mejor, que mi primo
sepa, y conozca la deuda
en que mi vida os está?
Fern. Sí, prima, porque agradezca
un beneficio tan grande.
Trist. Vive Christo que rebienta
por desbuchar el secreto,
como si una purga fuera.
Leon. Digo, pues... *Fern.* Decid, decid.
Leon. Que por la verde cenefa
iba del rio una tarde
en mi coche, bien agena
del daño... *Fern.* Ya sé la historia.
Trist. Metió los dedos, y ya es fuerza
echar hasta las entrañas.
Fern. Y sé, que el coche sin rienda
se entró por el agua, y luego...
Carl. Ay desdicha como aquesta? *ap.*
Que no lo avisase antes.

Leon. En los brazos casi muerta
al paso restituyó
su florida primavera.
Fern. Todo lo sé; que las cosas
que tocan en gentilezas,
antes de hacerse se saben:
y asi por tan gran fineza,
dadme los brazos: no os vais
(de colera el alma tiembla)
porque he menester mataros.
Carl. Matarme? *Fern.* Si.
Carl. No lo creas,
porque vive mucho un pobre
quando de vivir le pesa.
Leon. Venid, primo, á descansar:
no se que me piense, Estela,
de este abrazo. *Est.* Que no es bueno.
Leon. Pues echate esta antepuerta,
y vete, que quiero ver,
si fue cierta mi sospecha.
Est. Bien me ha parecido el primo,
pliegue á Dios que por bien sea.
Vase Estela, y escondese detras de el paño Leonor.
Fern. Fueronse ya? *Carl.* Ya se fueron.
Fern. Con los hombres de mis prendas,
no se usan en la honra
tan viles estratagemas.
Carl. Yo soy Don Carlos Osorio.
Fern. Yo Don Fernando Centellas.
Carl. Este patio no es campaña,
ni esa calle es Alameda.
Fern. Pues por eso quiero yo
ir á parte, donde pueda
hablar con menos testigos. *Carl.* Pue seguidme.
Sale Leon. Ahora entra
mi papel: adonde bueno?
Fern. Como soy nuevo en Valencia
á Don Carlos le rogaba
me llevase donde viera
alguna cosa. *Leon.* Es temprano,
porque aun estais con espuelas.
Fern. Faciles son de quitar.
Leon. Es tarde, y mi padre cena
en anocheciendo: Dios.
Fern. Pues despues. *Leon.* Qué linda flema:
al punto habeis de acostaros;
Carlos, aquella es la puerta
de la calle, y por aqui
se vá á vuestro quarto, ea,
idos vos, y quedaos vos;
en mi casa estais, paciencia.
Fern. Mañana...
Carl. Ya entiendo. *Fern.* A Dios;
es por aqui la Escalera?
Leon. Si, primo. *Fern.* Pues voy delante.
Leon. Y yo tras vos. Carlos llega.
Carl. Fuese? *Leon.* Sí, despues te aguardo.
Trist. Atengome á esta pendencia.
Leon. Ahora no puedo mas,
Dios te guarde. *Carl.* Noche, vuela.

JORNADA SEGUNDA.

Salen Estela, é Ines.

Est. Ines, dexame conmigo
de mí misma murmurar;
dexame á solas llorar
esta locura que sigo:
ay, Ines! *Ines.* Pues en qué estado
tienes, señora, tu amor?
Est. En que Carlos con Leonor
de palabra está casado;
mi primo aunque receloso,
como este secreto ignora,
á Leonor sirve y adora:
mi tio mas rigoroso,
sin prudencia ni razon
la quiere casar con él:
Leonor le teme cruel
por su fuerte condicion.
Carlos duda se la dén,
aunque á su padre la pida,
que es la pobreza encogida,
y mas en hombre de bien:
y yo (ay triste!) por no hablar
con peligro de Leonor,
muerta de envidia y de amor,
de zelos y de pesar,
amo, adoro, busco, y quiero,
solicito, llamo, sigo
á un traidor, á un enemigo,
por quien vivo, y por quien muero.
Ines. Pues dí, sabiendo Fernando
todo el suceso del Rio;
pretender, no es desvario,
lo que está Carlos gozando?
Est. El no sabe que la goza,

y ya sobre esto riñeron,
y allá se satisfacieron:
nunca (ay Dios!) de Zaragoza
viniera aqueste traidor.
Ines. Sí, pero si mi señora
á Carlos quiere y adora,
por fuerza su honesto amor,
ha de venir á lograrse.
Est. Qué importa, si Don Fernando
en Leonor está adorando?
Ines. Todo cesa con casarse.
Est. Ay, Inés! Pluguiera el Cielo,
aunque despues me costára
la vida... pero repara
en que en aquel entresuelo
siento ruido. *Ines.* Muerta estoy.
Est. Valgame Dios! qué será?
Salen Carlos, y Tristan alborotados.
Ines. Dos hombres vienen acá.
Est. Turbada y medrosa estoy.
Carl. Tristan, Estela está aquí.
Trist. Di que nos escondan presto,
que yo tirito. *Est.* Qué es esto?
Carl. No lo sé, ni sé de mí,
solo sé, que estando hablando
con mi esposa (ay Dios!) llegó
su padre. *Est.* Viote? *Carl.* No me vió,
porque corriendo, volando
á otro quarto me pasé,
y una escalera que vi
en dos saltos la subi,
y la mayor suerte fue
llegar aqui; mas por Dios,
que aun no estoy seguro aqui,
que los dos vienen allí.
Est. Pues entrad aqui los dos. *escondense.*
Salen Leonor, y Don Pedro.
Ped. Aparte quiero hablarte.
Leon. Muerta vengo, *ap.*
calor apenas en el rostro tengo.
Si vió mi padre á Carlos quando huia?
Ay esposo! Ay amor! Ay triste dia!
Si estará ya en la calle? *Est.* Prima?
Leon. Estela. *Ped.* Retirate allá un poco.
Est. Soy tu esclava.
Leon. Señor, aqui me tienes.
Ped. Pues escucha.
Leon. Mi turbacion con mi peligro lucha. *ap.*
Carl. Ha quién la oyera! *Ped.* Ya estoy cansado,
cölerico, mohino y enfadado,
Leonor, de vuestras cosas.
Leon. Si te han dicho... (puerta,
Ped. Qúe han menester decirme, si á esa
(asi mi noble honor se desconcierta)
hay espadas, hay sangre, y hay heridas,
quiza por vuestra causa recibidas;
y aunque entonces esteis vos en la cama,
espadas á la puerta de una dama,
son como tiro de alcabuz valiente,
que el efecto que hace no se siente
donde dispara, sino es adonde para; (ra,
Ya me entendeis, la consequencia es cla-
yo he venido á entender; y aun me lo han dicho
(quiza fue presuncion, ó fue capricho)
que Carlos os festeja para esposa.
Leon. Señor. *Ped.* No lo he creido, porque es cosa
que no lleva camino, que á ser cierta,
no digo empadérada, sino muerta
os habia de ver este mozuelo,
antes que se lograra su desvelo.
Con un pobre? Por Dios gentil marido!
Leon. Quién lo dixo, señor?
Ped. No lo he creido.
No me satisfagais. Pero quién duda,
que pensais, Leonor, que estas razones
se encaminan á hacer que de Fernando
se concluya el tratado casamiento?
Pues no, Leonor, que mas dichoso au-
mento (tratan!
El Cielo hos ha buscado. *Carl.* De qué
Trist. Quién duda que será de nuestra
muerte? (suerte!
Mas nada puede oirse. *Carl.* Ay triste
Trist. Reconciliando están.
Carl. Y yo estoy loco.
Trist. Tú no lo oyes? *Carl.* No.
Trist. Pues yo tampoco.
Ped. Hija, mirad, Astolfo, digo, (go. *ap.*
el Conde de Belflor. *Leon.* Y mi enemi-
Ped. Esta mañana me llamó. *Leon.* A qué efecto?
Ped. A efecto de casarse.
Leon. Es muy discreto.

y con quién quiere el Conde?

Ped. Con vos quiere.

Leon. Aqui del todo mi esperanza muere!

Ped. Asi lo dixo.

Leon. Y vos que respondistes?

Ay tragica hermosura! Ay ojos tristes. *ap.*

Ped. Qué habia de responder, sino que estaba
llano todo su gusto, y que ganaba
mi calidad en esto, pues queria
pasarla de merced á señoría.
Verdad es que Fernando ha de sentirse,
agraviarse, correrse, y desabrirse,
pero no importa, no, que mi provecho
es primero que todo.

Leon. Aquesto es hecho. *ap.*

Ped. Qué dices? qué respondes? qué murmuras?

Leon. Señor (confusa estoy!) si aqui confieso, *ap.*
ay dulce bien, que pierdo por tí el seso!
Mas que obligarte, viene á ser perderte,
siendo instrumento de mi triste muerte,
pues consentir en la palabra dada,
es tomar contra mi tambien la espada;
mejor es, mejor es, yo me resuelvo
á decir, aunque miento, que á mi primo
quiero, adoro, respeto, amo, y estimo,
y asi podré excusarme sin perderme,
y mas honestamente defenderme.
Digo, señor... *Ped.* Qué dices?

Leon. Que no puedo,
aunque á tus amenazas tengo miedo,
dexarme de ofender de tus razones,
pues á mi cósta la palabra pones.

Est. Ahora habla Leonor. *Carl.* Y de manera,
que el eco puede oirse. *Ped.* Ya me altera.
la disculpa. *Leon.* Pues oye la disculpa,
y verás que mi amor no tiene culpa:
en quanto á lo de Carlos... *Est.* Carlos dice.

Leon. Me corro de que pienses que mi brio,
mi gala, mi valor, y mi alvedrío,
á un hombre se rindiese, que no vale,
aunque á su ser con su pobreza iguale,
para ser escudero de tu casa.

Est. Oyes aquello? *Carl.* El alma se me abria.

Leon. Perdonad, Carlos mio, estos agravios, *ap.*
que aunque á la posta pasan por los labios,
el amor, que en escrupulos repara,
que miento está diciendome en la cara.
En quanto al casamiento que me dices,
no es bien, padre, y señor, te escandalices
de que á mi primo quiera bien, que el trato
siempre con el amor comió en un plato:
tú me dixiste que á Fernando amase,
porque un lazo de amor nos enlazase;
mirele bien, y consentí en el lazo.

Trist. Por allá viene ahora el ramalazo.

Leon. Yo le adoro en efecto, yo le adoro:
perdona si á tu ser pierdo el decoro,
porque el amor quando en locura toca,
es calentura, y salese á la boca.

Est. Cielos, yo soy la muerta y la agraviada!

Trist. Y mi amo quedóse en la posada?

Ped. En fin, Leonor, á Don Fernando quieres?

Leon. Tú lo mandaste?

Ped. Qué obediente que eres!

Leon. Soy hija tuya en fin: valióme el arte. *ap.*

Ped. Pues no, Leonor, no tengo de forzarte;
pero pues dices que á Fernando adoras,
puesto que nada con su amor mejoras,
luego te has de casar. *Leon.* Pues por qué luego?

Ped. Porque me cansan tantas dilaciones,
y es andar la opinion en opiniones;
fuera de esto, Leonor, viendoos casada,
cumplo tambien con la palabra dada,
pues con decir que á mi pesar se ha hecho,
queda el Conde seguro, y satisfecho,
contento mi sobrino, yo sin susto,
y vos, hija, casada á vuestro gusto.

Leon. Tal tenga la salud quien mal me quiere;
ya no hay remedio que en mi mal espere. *ap.*

Est. Carlos, difunta estoy.

Carl. Y yo sin vida.

Ped. Por Don Fernando estoy.

Leon. Ay homicida!
Ped. Parece que os turbais?
Leon. Haste engañado,
que solo tu respeto me ha turbado.
Ped. Ven, sobrina, conmigo, porque quiero
informarme de tí. *Carl.* Cielos, hoy muero. *ap.*
Est. Sin alma voy: y Carlos, prima mia?
Leon. En el alma se está, como solia.
Est. Mira que soy muger, y que te he oido,
y aun Carlos. *Leon.* Cómo Carlos?
Est. De esta suerte.
Leon. Si escuchó la sentencia de su muerte?
Est. Cómo escuchar? El alma se le abrasa.
Carl. Ya rabio por salir de aquesta casa.
Est. Carlos, á Dios. *Ped.* No vienes?
Est. Ya te sigo. *vanse.*
Leon. Cierra de camino ese postigo,
y tú ponte á la puerta.
Trist. Ines, es hora?
Ines. Ya pienso que se fue, salid ahora.
Salen de donde estan.
Carl. Muerto salgo. *Leon.* Pues, señor?
Trist. No hay señor, lindo entremes.
Leon. Claro está que habreis oido
mis locuras, mas tambien
sabreis el fin que me mueve.
Carl. Si, Leonor, todo lo sé:
fuese ya el señor Don Pedro?
Leon. Seguro estais, ya se fue.
Carl. Pues perdonad, porque tengo
cierto negocio que hacer,
y no puedo detenerme:
ven, Tristan: Aparta Ines.
Leon. Tan de priesa es el negocio?
Carl. Es fuerza hablar al Virrey
sobre pretensiones mias.
Leon. Bien estoy con que le hableis,
pero no yendoos asi.
Carl. Pues cómo? Cómo ha de ser?
Leon. Diciendome: dueño mio,
Leonor, esposa, muger,
ó aquellas cosas que amando
los hombres decir sabeis;
yo tengo una ocupacion,
luego, luego volveré;
y eso no tan mesurado,
con los ojos en los pies,
el rostro descolorido,
necio de puro cortés,
cortés de puro enojado,
y enojado de cruel.
Trist. Tiene razon que le sobra.
Leon. Pues en qué, Tristan, en qué?
Carl. En nada, vamos de aqui.
Leon. No harás tal, que he de saber
primero por qué te vás.
Carl. Por qué me voy? Por querer.
Leon. Eso no, que si es culpando
mi voluntad y mi fe,
por aborrecer será,
pero yo sabré el por qué,
aunque me cueste dar voces.
Carl. Pues para que no las des,
por vida::: *Leon.* No jures mas.
Carl. Tuya, Leonor, que esta vez
no he de ser tan ignorante,
que mi infamia, y tu desden
llegue á contarte yo mismo.
Leon. Pues aparta, aparta, Ines,
ahora prueba á salir.
Carl. Aunque te pese saldré.
Leon. Pues por vida de los dos,
que por aqui no ha de ser.
Carl. Dexa, dexame salir.
Leon. Desenojado, si haré.
Carl. No ves que juré tu vida?
Leon. No ves que las dos juré?
Carl. No ves que juré primero?
Leon. Y eso qué importa? *Trist.* Tened,
que yo quiero concertaros:
qué es lo que juraste? *Carl.* Qué?
De no decirselo á ella.
Trist. Pues vuelvete á la pared,
y cuentalo á esos damascos,
á ti mismo, á mí, ó á Ines,
como si fuera á Leonor,
y tú en oyendo el papel,
dadnos pan y callejuela.
Carl. Y asi no vendré á romper
el juramento? *Trist.* No, digo.
Carl. Pues oyeme tú, cruel,
traidora, fragil, mudable,
sin efecto te adoré.
Trist. Mucho fue con esta cara.

Carl. Y si sabes que despues:::
Trist. Esto huele á chamusquina.
Carl. De tu hermosura gozé...
Trist. Seria lampiño entonces.
Carl. Cómo, ingrata... *Trist.* Ines,
ponte aquí, que juro á Dios,
que aunque esto de burlas es,
estoy rabiando por verme
arrimado á la pared,
porque temo que mi amo,
segun está Portugues,
se engañe con mil dimoños,
puesto que claros esten
en los ceros de la cuenta,
y me requiebre, sin ver
que soy Sibila barbada,
y tan macho como él.
Ines. Pus ponte tú en mi lugar.
Trist. Y como que me pondré.
Mudanse los dos.
Leon. Pasa, Carlos, adelante.
Trist. Eso si, por allá dé
el rayo. *Ines.* Ya yo te escucho.
Carl. Digo, pues, facil muger.
Leon. Sabe Dios que no es verdad.
Carl. Como no, si te escuché
decir de mí mil afrentas?
Leon. Amor fue, que no desden.
Carl. Y decir que á mi enemigo
amabas, qué pudo ser?
Leon. Entretener á mi padre.
Carl. Y esperar á que con él
vuelva para que te cases!
Leon. Resolucion suya fue.
Carl. Y decirle tú que sí? *vuelve á ella.*
Leon. Fue respeto, no querer.
Carl. Y quieres que aguarde yo
á que vuelva, y tú despues
entre obediente, y turbada,
ya azucena, ya clavel,
des la mano á Don Fernando?
Que eso de darla sin fé,
es consuelo del agravio,
pero al fin, agravio se es.
Llegará tu padre airado,
y Don Fernando con él,
aqui está vuestro marido,
te dirá con altivez,
y tú torciendo las manos,
vuelto en nieve el rosicler,
muda, torpe y encogida,
aunque adorandome estés,
por haberle dicho ya
que á tu primo quieres bien,
ni responderás turbada,
ni tendras que responder,
quedandote como arroyo,
á quien el yelo, tal vez,
embargó todo el aljofar,
haciendo á medio correr,
que fuese plata labrada,
y detenido papel,
lo que fue vidrio con voz,
y carambano con pies,
ó por fuerza, ó por alhago
(claro está) vendrá á vencer
tu padre, que es padre, en fin;
y yo desde aquel cancel,
muerto, zeloso, y confuso,
la sentencia escucharé
de mi muerte, pues mi muerte
estará en llegando á ver;
y sin apelar (ay Dios!)
de esta rigorosa ley,
de este golpe inexcusable,
de esta pena descortes,
á tribunal mas piadoso,
á mas favorable Juez,
que mi propio corazon,
cómo el que abrasar se vé
en las llamas de su afecto,
á mi corazon, diré:
Arded corazon, arded,
que yo no os puedo valer.
Leon. Ahora, escucha. *Trist.* Gran mal!
Lesn. Cómo? *Trist.* Como viene:::
Carl. Quién? *Trist.* Nuestro suegro.
Carl. Estás contenta?
Leon. Pues yo qué he podido hacer?
Trist. Ya atraviesa el corredor.
Leon. Vuelvete á esconder.
Carl. Qué es esconder? Vive el Cielo!
Leon. Eso es echarme á perder,
y aun perderme para siempre.
Trist. Ya pasa como un lebrel
á esotro quarto. *Leon.* Bien mio.

Trist. Ya el sombrero se le vé,
apriesa cuerpo de Christo.
Leon. No me harás esta merced?
Carl. No, Leonor.
Trist. Ya se apropinqua.
Ines. Tu temor te dá á entender
que viene. *Leon.* Luego no viene?
Ines. No, pero tu primo, y él
estan hablando. *Trist.* Es verdad;
pero ya á mi parecer,
ó al parecer de mi miedo,
llega como un lucifer,
ya nos ve, ya nos deguella,
que buen pulso, de un rebes;
ya pedimos confesion,
ya llaman á Fray Miguel,
á Fray Juan ó Fray Gerundio;
ya doy el postrer vaiven;
ya me llevan entre dos,
y de camino tambien
me espulgan las faltriqueras,
por ver si hay algo que barrer.
Ya me desnuda una vieja,
y con estopas y pez
galafatea el postigo,
que nunca el sol pudo ver.
Ya me hilbana con antojos,
ya me tiran de los pies,
ya me zampan como un galgo
en la tumba de alquiler.
Ya la cruz de la Parroquia
viene protestando, que
no ha de escapar un instante,
aunque se lo mande el Rey.
Ya los Clerigos empiezan
el no me le recordeis,
ya me levantan en hombros,
ya encienden, si hay que encender.
Ya dan conmigo en la Iglesia,
ya deslian el fardel:
ya me baxan á lo fresco,
ya me machacan la sien.
Ya los amigos se van,
porque es hora de comer,
ya no hay Tristan en el mundo;
y asi por guardar la piel,
porque no me dexen solo,
ni dar que llorar á Ines,
dexandola en mi lugar,
y posteando al rebes,
me zambullo de gazapo,
por siempre jamas, amen.
Escondese haciendo figuras.
Ines. Señora, ya se despiden.
Trist. Amo del demonio, ven.
Leon. Carlos, por amor de mí.
Carl. Por ti, Leonor, qué no haré?
Leon. Tú verás que te lo pago
con el alma. *Carl.* Yo entraré,
pues tú quieres, á morir,
á callar, á padecer,
á sufrir, á rebentar,
y á decir, Leonor, tambien
á los ojos que lo saben,
y al corazon que lo ve,
arded, corazon, arded,
que yo no os puedo valer.
Escondese, y sale Don Pedro.
Ped. Hija. *Leon.* Señor.
Ped. Ya tu primo,
se viste. *Leon.* Pues para qué?
Ped. Para que le des la mano.
Leon. Ya estoy de otro parecer.
Ped. Qué dices? *Leon.* No te apasiones
(dulce amor, ayudame) *ap.*
yo lo he mirado mejor,
y aunque parezca muger,
esto de ser Señoria
tiene, tiene un no sé que,
que me ha brindado el deseo,
por ser tu gusto, y por ser
aumento de nuestra casa.
Ped. Asi como quiera es;
veinte mil ducados tiene
de renta. *Leon.* Luego hago bien?
Ped. Con los brazos te respondo;
loco estoy, abrazame,
abrazame muchas veces.
Carl. Que presto cayó en la red.
Trist. Como á Indio le ha engañado
con figuras de oropel.
Ped. Hija, yo le voy á hablar.
Leon. Sí; pero aquesto ha de ser
con prudencia y con espacio,
no piense que el interes
nos obliga solamente.

Ped. Ya te entiendo, dices bien.
Leon. Cueste, cuestele cuidado.
Ped. Yo sé que responderé
á tu gusto. *Leon.* Dios te guarde.
Ped. Y á Vueseñoria dé
la salud que le deseo.
Leon. Señoria? Presto es.
Ped. En profecia te llamo
lo que despues has de ser.
Loco de contento voy. *ap.*
Carl. O codiciosa vejez!
Ped. Y dime, por ser tu padre,
no me han de llamar tambien
Señoria? *Leon.* Claro está.
Ped. Pues á Dios, hasta despues.
Vase Don Pedro muy grave, y salen Don Carlos y Tristan.
Leon. Ya pasó del corredor.
Trist. Desalcovemonos, pues,
que ya estoy abochornado.
Carl. Dadme, señora, los pies.
Leon. Estás ahora contento?
Carl. Estoy como quien se ve
resucitar de la muerte.
Leon. No hice bien mi papel?
Carl. Es ingenioso el amor.
Leon. No hay saber como querer.
Carl. No hay querer como obligar.
Leon. Pues esta es mi mano; ve,
ve de presto, y traeme aqui
licencia para poder
desposarnos de secreto,
que antes de una hora has de ser:::
Carl. Qué, Leonor? *Leon.* Qué? Mi marido.
Carl. Esclavo tuyo seré,
pues pobre quieres quererme,
pudiendo ser....
Leon. Carlos, ven, no pases adelante.
Carl. Solo es esto agradecer.
Leon. Con voluntad todo sobra,
porque es muy rico el placer.
Carl. Y sin ella? *Leon.* Todo falta.
Carl. Vivas mil años, amen.
Vanse, y salen Estela y Fernando.
Fern. Estela, asi Dios te guarde,
que no puedo mas conmigo.
Est. Rosa del sol soy contigo.
Fern. Sí; pero saliste tarde.
Est. Todo al amor es posible.
Fern. Yo te quisiera querer;
pero ya no puede ser,
que es mi pasion invencible.
Est. Fernando, yo no te pido
que me quieras. *Fern.* Pues qué quieres?
Est. Que procures, si pudieres,
porque te importa su olvido,
olvidarte de Leonor.
Fern. Cómo puedo? *Est.* Imaginando
imperfecciones, que quando
llega á pensar el amor
fealdades, ya está vecino
á no ser amor; y asi,
para agradarte de mí,
puedes tambien de camino
pensar que soy la muger
mas bella del mundo, mira,
alaba, encarece, admira,
aunque sea sin querer:
la hermosura de mi boca,
piensa, que en distancia breve,
es cinta de grana y nieve,
la frente: christal de roca,
ramillete las mexillas,
de azahar y nacar mezclados,
las cejas arcos pintados,
ó las manos maravillas:
los ojos claros espejos
donde el amor se retrata,
la garganta tersa plata,
de cuyos blancos reflexos
tiene envidia el sol, y asi
podrá, Fernando, tu amor
lo que quitare á Leonor,
darme de barato á mí.
Fern. Alto, pues, yo quiero hacello,
desde aqui doy en amarte,
mirote parte por parte.
Est. Qué dices de este cabello?
Fern. Bueno está; pero Leonor
quando hace trenza del pelo,
no se toca por el cielo?
Est. Y eso es olvidar, traidor?
Fern. Asi, yo me enmendaré,
de buena mano está el rizo,
es postizo? *Est.* Qué es postizo?
Fern. Perdona, que yo pensé,

que eran trenzas levadizas,
que aunque muchos las excusan,
he sabido que se usan
hasta las barbas postizas.
Buenas manos. *Est.* El xabon,
y el pan de almendra lo hacen.
Fern. Ellas hermosas se nacen,
pues la hechura::: *Est.* Manos son,
el guante las arrebola,
y las conserva el calor.
Fern. Prometote que Leonor
(y aquesto con agua sola)
tiene las mejores manos:::
Est. Basta ya, que ya me has muerto.
Fern. No me acordé del concierto.
Est. Mis pensamientos son vanos;
mas viven, traidor, los cielos,
que pues en zelos me abraso,
que has de pasar lo que paso,
y he de abrasarte de zelos:
vive Dios, que has de saber
(Leonor perdone tu honor)
que Carlos goza á Leonor.
Fern. No es gozar de una muger,
hacer de su amor empleo,
y amar lo que todos aman
cortesmente, que esto llaman
en la Corte galanteo.
Est. Yo no sé la propriedad
de este vocablo discreto;
pero solo te prometo,
y esto con toda verdad;
que Carlos... *Fern.* Di lo demas.
Est. Suele hablar (escucha atento)
con Leonor en su aposento,
y de noche... *Fern.* Dónde vas?
Hace que se va.
Est. A preguntar á Leonor,
porque saberlo deseo,
si es aquesto galanteo.
Fern. No es sino infamia y rigor.
Est. Pues mira con mas nobleza,
Fernando, como te casas,
porque hay cosas en las casas,
que salen á la cabeza. *vase.*
Fern. Mirase herido un hombre, y porque sea
la herida mas oculta, diligente
un paño blanco pone á la corriente,
para que en él se empape, y no se vea.
Pero la sangre, que salir desea,
lo viene á descubrir mas claramente;
porque el color secreto no consiente,
y la sangre lo blanco señorea.
Viendo que estoy herido de desvelos,
para tapar, Estela, tanto daño,
desengaños les pone á mis recelos.
Pero decidle, cielos, que es engaño,
que si es la herida amor, y el paño zelos,
mas se ha de ver la sangre con el paño.
Vase, y salen Cárlos y Tristan de noche.
Carl. Muy presto habemos venido.
Trist. De tu amor tu priesa nace.
Carl. No importa, que obscuro hace.
Trist. Ya estarás arrepentido
de haberle dado á Leonor
aquel disgusto. *Carl.* Tristan,
licencia los zelos dan,
que es colerico el amor;
mas ya ceso en mi sospecha,
pues el estar desposados
me quita de estos cuidados:
haz la seña. *Trist.* Ya está hecha,
y en la ventana está Ines.
Carl. Pues pregunta si hay lugar
de entrar. *Trist.* Vóilo á preguntar,
ce. *Ines.* Es Tristan? *Trist.* El mismo es
Ines. Y tu señor? *Trist.* Alli aguarda:
y tu señora? *Ines.* Ya viene,
que en cuidado se lo tiene.
A la ventana Leonor.
Leon. La voluntad nunca tarda;
dile á tu señor que venga,
que ya su esclava está aqui.
Carl. Es mi esposa? *Leon.* Carlòs, sí,
que es bien que este nombre tenga
quien á tanto se ha atrevido.
Carl. Es hora? *Leon.* Temprano es,
mas no importa; ve tú, Ines,
y mira si se ha dormido
mi padre. *Ines.* Yo lo sabré. *vase.*
Leon. Tú, señor, espera abaxo,
que ya voy. *vase.*
Carl. Ese trabajo
pondré á cuenta de mi fe:
como si fuera Tristan,

aquesta la vez primera
que sus brazos mereciera,
estoy loco. *Sale el Conde.* Por galan,
y marido á rondar vengo
á Leonor, digo, á mi esposa:
ella es noble, y es hermosa,
bastante disculpa tengo;
y fuera de aquesto ha sido
mas que amor, tema y enfado,
pues basta haberlo intentado
para haberlo conseguido.
Carl. Qué dices? *Trist.* Que siento gente.
Carl. Valgame Dios! Quién será?
Si es la Justicia, que va
buscando algun delinqüente?
Si es Fernando, que por dicha
no se habia recogido?
Cond. Acia aquella parte hay ruido.
Carl. Ello ha sido mi desdicha;
mas en todo caso es bien,
que no nos topen aqui. (mi,
Trist. Pues qué haremos? *Carl.* Ven tras
hasta estotra calle ven,
daremos lugar con esto
para que adelante pase
quien fuere. *Trist.* Y si se quedase,
qué remedio? *Carl.* Volver presto *van.*
Llega el Conde, y Leonor baxa á la puerta, y llega un Criado.
Cria. Por Dios que lo han hecho bien.
Cond. Cómo asi? *Cria.* Como se fueron.
Cond. Gentil gallina comieron.
Leon. Bien podeis entrar, mi bien,
ya la casa está segura.
Criad. Oyes aquello? *Cond.* Por Dios
que esperaban á los dos;
linda ocasion, gran ventura,
que yo soy, quiero fingir
el llamado. *Criad.* Bien harás,
y asi el misterio sabrás.
Cond. Pues mientras vuelvo á salir
retira toda la gente,
y desde léjos podrás
esperarme. *Criad.* Buenos van.
Cond. La ocasion me hace valiente.
Entrase el Conde, vase el Criado, y vuelve á salir Carlos y Tristan.
Trist. Buenas nuevas. *Carl.* Cómo asi?
Trist. O se fueron ó pasaron,
porque la calle dexaron.
Carl. Bien hice en irme de aqui.
Trist. A la puerta hay ruido, llamo,
qué digo: Moza, ola, Ines.
Dentro Ines.
Ines. Diga su nombre, quién es?
Trist. Tristan soy. *Ines.* Pues con tu amo
no pudiste entrar ahora?
Trist. No pude, que mi señor
aun no ha entrado. *Sale In.* Buen humor
gastas, si con mi señora
va Carlos por la escalera.
Trist. Engaño y desdicha fué.
Carl. Muger, qué dices? *Ines.* No sé.
Carl. Qué te alborota y altera?
Ines. Señor, gran mal. *Carl.* Ay de mí!
In. Un hombre::: *Carl.* Acaba. *In.* Llegó
quando mi señora abrió.
Carl. Y entró dentro? *Ines.* Señor, sí.
Carl. Pues qué aguardo? Muerto soy.
Ines. Advierte::: *Carl.* Nadie me hable.
Trist. Brava desdicha! *Ines.* Notable.
Carl. Sigueme; sin alma voy!
Vanse, y sale Leonor sin chapines, trae de la mano al Conde, y cierran la puerta.
Leon. Ya, Carlos mio, podeis
descansar, y descubriros,
ya no es posible sentiros:
mi padre, como sabeis,
queda acostado; mi primo
tambien en su quarto está,
nadie ofenderos podrá,
y fuera de eso, yo estimo
tanto, señor, vuestra vida,
que la mirara y guardara
con los ojos de mi cara,
antes que verla ofendida.
Una palabra siquiera
no habeis hablado, señor,
pues por qué tanto rigor,
siendo yo la que debiera
estar quexosa? Mis ojos,
no trateis, no, de agraviarme,
ó por mi fe de enojarme.
Llaman dentro.
Mas ay, cielo! O son antojos,

ó siento ruido en la puerta.

Detienela el Conde.

Con l. Deten el paso veloz.
Carl. Abre, Leonor. *Leon.* Esta voz
es de Carlos, yo soy muerta!
Hombre, quién eres? Qué has hecho?
Carl. Carlos soy, tu esposo soy,
qué aguardas? *Leon.* Difunta estoy.
Carl. Abre, ó pasareme el pecho,
qué te detienes? *Leon.* Qué haré?
Carl. Abre, ó en tantos enojos
con el fuego de mis ojos
la madera abrasaré.
Leon. Hombre, dexame. *Cond.* Eso no.
Leon. Carlos, no puedo, aunque quiera.
Carl. Pues será de esta manera.
Cond. El postigo derribó.

Derriba la puerta, y Carlos cae encima lleno de polvo, con la espada desnuda, y salen Ines y Tristan con luz.

Cond. En gran peligro me veo. *Leo.* Señor.
Carl. Quién es aquel hombre?
Leon. Escuchame, y no te asombre,
que estoy mortal. *Carl.* Yo lo creo.
Leon. Baxé, señor, baxé, querido esposo,
si bien con pie medroso,
y con alma turbada,
llevandome la luz esa criada,
del balcon á la puerta, (ta.
antes pluguiera á Dios me hallaras muer-
Llego al umbral, y con silencio grave
el hueco de la llave,
si bien esfera angosta,
busca la osada mano por la posta,
y en la priesa se ofusca;
en fin, halla la mano lo que busca.
La llave aplico entre las sombras pardas,
toco el muelle, y las guardas,
tiro acia mí la puerta,
para tí, mi señor, para tí abierta;
y aquel hombre embozado
(qué atrevimiento!) se me pone al lado.
Y yo con noble amor, con fe inocente,
con alma diligente,
con afecto vencido,
con ansia viva, con siniestro oido,
y con silencio atento,
blanda le alhago, tímida le tiento.
El con engaño falsamente mudo,
hecha la capa escudo,
el sombrero en la frente,
y arrojada la vista al Occidente,
callando me acaricia,
que le quitó la lengua otra codicia.
Con ambas manos las basquiñas prendo,
por no hacer tanto estruendo, (do,
que el ruido de las sayas, aunque blan-
quando van sin chapines arrastrando,
parece que al cruxir la bordadura,
ó publica el delito, ó le mormura.
Llego á mi quarto tropezando, y luego
dexo el fingido fuego,
la luz aparto á un lado,
que no busca la luz amor hurtado,
y segura del hecho,
á sus brazos me arrimo, no á su pecho.
Milagro fue, señor, yo lo confieso,
no hacer algun exceso,
pasando como loca,
siquiera de los brazos á la boca;
que no habiendo embarazos,
nunca el amor se contentó con brazos.
Pero viendole (ay cielos!) en mi mengua
no despegar la lengua,
presumiendo cobarde,
que aun duraban los zelos desta tarde,
culpando sus enojos
guardé los brazos, y reñi los ojos.
Estando, pues, mis inculpables labios
feriando desagravios
por amorosos truecos,
escucho de tu voz los tiernos ecos,
tan tiernos, que á los bronces
vestir pudieran de dolor entonces.
En tanta confusion, en pena tanta,
un nudo á la garganta
el fracaso me puso,
y toda me corté, que no está en uso
en tales ocasiones
consentir á los miembros sus acciones.
Los pies turbados á la tierra asidos,
los labios descaidos,
fatigado el aliento,
ajado el nacar, y encogido el tiento,
á la primer pregunta,
plaza pasé conmigo de difunta.

Como suele la oveja, á quien el lobo
por trato doble ó robo
prendió en sangrienta lucha,
quando los silvos del pastor escucha;
asi yo, que te oia,
lloraba por seguirte, y no podia.
Asido de mis manos temerosas,
siendo tu esposa, esposas
con las suyas me pone;
tanto su ciego error le descompone,
hasta que tú resuelto,
la puerta arrancas en su polvo envuelto.
Esto es, señor, lo que hasta aqui ha pasado;
si asomos de pecado,
si escrupulos de culpa,
si rastro de delito en mi disculpa
hallas, rompeme el pecho,
si ya con el dolor no está deshecho.
Baña, señor, de purpura caliente
este pecho inocente,
y esta vida que espira,
rompe, acomete, pasa, hiere, tira:
ya mi marido eres,
ó me castiga, ó haz lo que quisieres.
Carl. Levanta, Leonor, del suelo;
y tu qualquiera que seas,
que en mi deshonor te empleas,
en fé de ese ferreruelo,
pide al Cielo, que del Cielo
baxen alados Querubes,
que te lleven por las nubes
hasta el undecimo muro;
que de mi no estas seguro,
si á los Cielos no te subes.
Habla, ó sino, sin saber
tu calidad, de tu vida
seré sangriento homicida,
Cond. Ya es forzoso responder,
mas con industria ha de ser:
no es, Carlos, tener amor
aventurar el honor
de la dama. *Carl.* Asi lo entiendo;
mas qué pretendes? *Cond.* Pretendo
que no le pierda Leonor,
con qualquier suceso aquí,
es cierto que se aventura,
no siendo aqui, está segura.
Leon. Este es el Conde (ay de mí!)
Carl. Dices, bien. *Cond.* Pues ven tras mi,
que mis criados están
alla fuera, y te darán
la muerte. *Leon.* Carlos advierte,
que está mi vida, ó mi muerte
en tus manos. *Carl.* Tu, Tristan,
con Leonor puedes quedarte.
Leon. Yo no he de quedar aquí,
morir tengo junto á ti.
Trist. El triunfo salió de Marte.
Cond. Vienes? *Carl.* Ya voy á matarte.
Leon. Esposo, señor, amigo.
Carl. Tu defiendes mi enemigo?
Leon. No sino tu vida (ay Cielos!)
Carl. No temas, porque mis zelos
son muchos, y van conmigo.

JORNADA TERCERA.

Salen Don Carlos con escopeta, y Tristan.

Carl. Vuelvo otra vez á abrazarte;
pues, Tristan, cómo te ha ido?
Trist. Muy bien, aunque mal comido.
Carl. Solo tu amor fuera parte
para darme muy buen dia.
Trist. Bien malos las tuve allá.
Carl. Dime, dime, como está
mi Leonor, el alma mia,
mi esposa, y todo mi bien?
Trist. Con salud, aunque muy triste.
Carl. Qué la hablaste? Qué la viste?
Trist. Con los ojos. *Carl.* Qué mas bien!
vendeme, Tristan, los ojos,
pues con ellos la miraste,
dame la luz que gozaste.
Trist. Favores me dió á manojos,
asi de comer me diera,
que vengo medio difunto.
Carl. Cuentame punto por punto,
como llegaste á su esfera.
Trist. Pues escucha, yo llegué
á Valencia... *Carl.* Qué valor!
Trist. Aunque con harto temor,
y al momento me informé
de tu pleyto, y de tu estado,
y supe como el Virrey
muy preciado de la ley,
á pregones te ha llamado,
y seis mil escudos de oro
promete (qué disparate)

á quien te prenda, ó te mate.
Carl. Por qué? *Trist.* Porque sin decoro,
con ventaja, y á traycion
mataste al Conde. *Carl.* Es mentira,
que mas que mi propia ira,
le mató su sin razon:
mas dime, cómo se sabe
tan cierto que le maté,
si nadie lo vió? *Trist.* No sé;
pero como es hombre grave
hay testigo (yo le vi)
que en favor del muerto Conde,
dice el como, quando, y donde,
y lo vió como el Sofi.
Carl. Y dí, su hermano Ruger,
aprieta? *Trist.* Linda rezeta,
quien hereda nunca aprieta,
sino por bien parecer;
pero volviendo á tu esposa,
que es materia de mas gusto,
va de cuento, y va de susto.
Carl. Ya escucha el alma gozosa.
Trist. Llegué de noche, y llamé.
Carl. Y dime (sospecha fuerte)
abrieron sin conocerte?
Trist. Media hora porfie,
á pique de algun desastre,
y al cabo aun no merecí,
si quiera un quien está aí,
que suele decirse á un sastre.
Carl. Pues qué desastre temias?
Trist. Ciertos mozos cascaveles,
que sonando los broqueles,
y orando á las zelosias,
daban vueltas á la puerta,
con musica y con rumor.
Carl. Y asomabase Leonor?
Trist. Como si estuviera muerta.
Carl. Dios te lo pague, Tristan,
que me has vuelto al cuerpo el alma.
Trist. Los dos mereceis la palma
de lo fino y lo galan.
En fin, tantos golpes dí,
que Ines un postigo abrió,
y en la voz me conoció,
baxó, abriome, entré, subí;
y Leonor alborotada,
arrojando la labor,
baxó al primer corredor,
preguntandome turbada
por tu salud, á quien yo
respondi, que bueno estabas,
y en este monte quedabas:
calló, suspiró, lloró,
y contome, que habia muerto
su padre. *Carl.* Desdicha ha sido,
que en ausencia de un marido,
donde es el riesgo tan cierto,
sirve de marido un padre.
Trist. Leonor no le ha menester,
que aunque es muger, no es muger,
sino para la comadre.
Carl. Está pobre? *Trist.* Aqueso dices,
saviendo que pleytos tiene,
y que quien los tiene, viene
á vender bienes raices,
plata, hacienda, ropa y trastos,
para gastos de Justicia?
Que aunque es virtud, su malicia
ha llegado á tener gastos.
No le ha quedado una joya,
y en lo que yo confirmé
su grande pobreza, fué
(que con aquesto se apoya)
en que saliendome un rato
antenoche á pasear,
Ines me baxó á alumbrar
con candil de garavato,
que es una alhaja tan vil
en una casa de honor,
que no se qual es peor,
una suegra, ó un candil.
Pues en lo que toca á dieta,
sin duda debo de haber
precepto de no comer,
en aquella casa escueta;
porque á nadie vi tratar
de pedir manducacion,
y tanto que un sabañon,
que me solia abrasar,
tan cortés, y honrado fué
en ayunar como yo,
que aun de burlas no comió
mientras alli tuve el pie.
No es burla, un frison grosero
solo de estar por su mal

dos horas en el portal,
salió caballo ligero,
y un mastin entró, esto es mas,
mas pesado que un hidalgo,
y otro dia salió galgo.
Carl. Siempre de burlas estás.
Trist. En fin yo me despedi,
y esta me dió; en que te avisa,
que te vayas muy aprisa
á Castilla, porque asi,
mientras el pleyto se enfria,
seguro puedas estar
y mañana he de llevar
la respuesta. *Carl.* Ay honra mia!
Mucho teneis que arguir
sobre mis vanos recelos,
mis dudas y desconsuelos.
Pues cómo, yo he de partir
sin ver primero á Leonor,
y exâminar con los ojos
mis zelos, ó mis antojos?
Eso no, civil temor;
Casta Leonor, y muger,
sola, hermosa y celebrada,
querida y necesitada?
Bien puede, bien puede ser.
Mas yo he de verlo, aunque sean
mi fiscal y mi homicida.
Trist. Qué dices? *Carl.* Que está mi vida
en que con Leonor me vea
antes que otra cosa intente.
Trist. Señor. *Carl.* Aquesto es amor,
yo he de verme con Leonor,
por ver si tu lengua miente,
en lo que de ella asegura.
Trist. Advierte... *Carl.* Tu no dixiste
que fuiste? Pues si tu fuiste
por hacer la noche obscura,
tambien yo podré. *Trist.* No puedes,
porque te buscan á tí,
y no á mi. *Carl.* Yo iré sin mí.
Trist. Lengua tienen las paredes.
Carl. Luego han de topar conmigo?
Luego me han de conocer?
Y luego me han de prender?
Trist. Sí, que es fuerte tu enemigo.
Carl. Vamos, que todos son pocos.
Trist. Pues donde de esta manera?
Carl. A mi casa. *Trist.* Mejor fuera
á la casa de los locos.
Vanse, y salen Leonor, é Ines.
Leon. Vuelve á esperar á Tristan,
que yo entre tanto á estas flores,
á quien del Sol los rigores
la luz usurpando van,
quiero reñir su locura,
pues tanto se me parecen
en las mudanzas que crecen.
Ines. Dios te guarde, qué hermosura! *v.*
Leon. De qué sirve, decid, hacer alarde,
flores, de vuestros vanos resplandores,
si quando el Sol recuerda naceis flores,
y aun no halla la sombra de la tarde?
Ayer aquella flor menos cobarde,
en copia de rubies bebió albores;
y ya son de verguenza sus colores,
caduca presto, aunque nacida tarde.
Hoy muere, en fin, aun antes de nacida,
y ayer del campo fue purpurea estrella,
en sus nacares mismos encendida.
Ayer se vió adorar, y hoy se atropella,
flores, la dicha es flor, y flor la vida,
miradme á mí, ó escarmentad en ella.
Sale Ines. Si no lo tienes por pena,
Estela y Fernando, advierte,
entran ya. *Leon.* Qué mayor suerte?
Vengan muy enhorabuena,
que les debo mil favores;
en ocasion tan urgente.
Ines. Luego ya Fernando... *Leon.* Tente,
tente, Ines, sino es que ignores,
que ya para mi ha trocado
la voluntad en desden,
y que á Estela quiere bien
de su hermosura obligado,
y de verme con marido,
que es la mas fuerte razon.
Salen Fernando, y Estela.
Ines. El cumplió su obligacion,
y Estela lo ha merecido.
Est. Solo ha merecido Estela,
que pague su grande amor.
Leon. Prima, Fernando. *Fern.* Leonor.
Leon. Algo tiene de cautela
cogerme desprevenida.
Est. Yo perdono la merienda.

Leon. Cómo te va con la prenda?
Est. Como quien la halló perdida:
que hay de Carlos? *Leon.* Salud tiene.
Fern. Y de pleyto? *Leon.* Tiene amigos,
aunque hay algunos testigos
(asi el oro á vencer viene)
que juran lo que no vieron,
porque sola yo lo ví.
Fern. A no renovar en ti
desdichas que procedieron
de aquella noche infelice,
te rogara lo contaras,
Leon. Y mandandolo me honrara,
que aunque el dolor que se dice
renueva, ofende y altera
la llaga, tambien se yo,
que mueve á quien le escuchó:
ello fue de esta manera.
Como zeloso toro, que en el prado
verde palestra de coral teñida,
al adultero silva enamorado,
peinando el suelo con la mano hendida;
y en viendole, parece que arriscado
la bebe la mas parte de la vida,
metiendo mano cada qual valiente
á las dos medias lunas de la frente.
Carlos asi de su valor vestido.
Carlos asi de su furor armado,
Carlos asi de su nobleza herido,
Carlos asi de su pasion buscado,
Carlos asi zeloso y ofendido,
contra el Conde se vuelve tan airado,
que se pronosticó su eterno sueño,
antes que con la espada, con el ceño.
Saca el Conde la suya, y Carlos fuerté,
tanto con él intrepido se junta;
que por el pecho le escondió la muerte,
y por la espalda le asomó la punta:
el alma, luego que el suceso advierte,
desampara la forma ya difunta;
que como al tiempo de mudar de puesto,
halló dos puertas mas, salió mas presto.
Llegaron los criados, y qual rayo,
de las nubes aborto malparido,
encubierto los sigue, y á un lacayo
quita el caballo, al Conde prevenido:
era el fuerte animal de color bayo,
y de manos y pies tan sacudido,
que quando con la colera relincha,
mide lo que hay del suelo hasta la cincha.
Sube gallardo en él, y á mi se viene
diciendo: mi Leonor, mi luz, mi vida,
hoy mi adversa fortuna, porque tiene
tanto de adversa (ay Dios!) como de mia,
loca, mudable, barbara, hoy parece,
me aparta de tu dulce compañia,
y á Dios, Leonor, mil veces repitiendo,
flecha de pluma pareció corriendo.
Con dos remos por vanda, la galera,
del fogoso animal tan alta sube,
que pareció codicia de otra esfera,
ú antojo de beber de alguna nube:
porque la tierra olvida de manera,
ó me lo pareció, segun estuve,
que á ser visible el ayre, mas de un clavo
se viera impreso en el Cenit octavo.
Como suele quedar la flor doncella,
hija de Adonis, quando el viento airado,
con diafano acero la deguella
por la garganta de su pie delgado;
ó qual muerto clavel, que se querella
del Sol, que las entrañas le ha abrasado,
y agonizando con la fiebre, loco
viene á morir, quizá de beber poco.
Asi quedé llorando, lo que ahora
con lagrimas repito desatadas,
no como algunas, que el melindre lloran,
aun enjutas primero que lloradas:
á la noche, á la tarde, y al Aurora,
aquellas glorias, por mi mal pasadas,
lloran mis ojos con eterno llanto,
que tanto ha de llorar quien pierde tanto.
Porque en llegando (ay Dios) á mi despecho,
á imaginar quando la noche calma,
que ha de sobrarme la mitad del lecho:
y ha de faltarme la mitad del alma,
á no acordarme de que Dios lo ha hecho,
y á no temer la perdicion del alma,
yo misma, para exemplo de las gentes,
me hubiera hecho pedazos con los dientes.
Mas esperando que mi suerte esquiva
saque una vez en mi favor la espada,
sola, necesitada, muerta, viva,
melancolica, triste, desdichada,

afligida, llorosa, compasiva,
pobre, constante, huerfana y honrada,
guardo la vida, porque Carlos tenga
con quien partir la suya quando venga.

Fern. Vivas, Leonor, muchos años,
que con la vida se alcanza
todo. *Leon.* Solo esa esperanza
es alivio de mis daños:
mas ya el sereno nos dice,
que á la sala nos entremos.

Fern. Todos tu luz seguiremos.

Leon. Fuera de eso, aunque infelice,
espero cierto galan.

Est. Galan? *Leon.* Sí, por vida.

Fern. Es Carlos? *Leon.* Cómo podia?

Est. Pues quién? Por mi amor. *Leon.* Tristan,
que como él no es conocido,
la otra noche estuvo aqui.

Fern. Y esperasle ahora? *Leon.* Si.

Fern. Huelgome de haber venido
en tan gustosa ocasion.

Leon. Pues entrad y cenareis,
con tal que me perdoneis.

Est. Buenos tus desvelos son.

Leon. Antes no os convido á nada,
que si os doy lo que me enviais,
vosotros sois quien me honrais,
y yo soy la convidada.

Est. Qué discreta! *Fern.* Qué cortés!

Est. No hay, Fernando, dicha hermosa.

Fern. Ser hermosa, es ser dichosa.

Leon. Adelantate tú, Ines.

Vanse, y salen Carlos y Tristan.

Trist. Advierte. *Carl.* Ya es por demas.

Trist. La soga llevas trás tí.

Carl. A Valencia he de ir asi.

Trist. Mira que á tu muerte vás;
á quien te mate ó te prenda
dá el Virrey seis mil ducados,
con que infinitos soldados
de estos que toda su hacienda
llevará una hormiga en peso,
andan locos á buscarte,
por prenderte, ó por matarte.

Carl. Yo confieso que es exceso;
pero yo tengo de ver
si hace un milagro el amor.

Trist. Milagro pides? Qué error!

Carl. Por qué? *Trist.* Porque puede ser
que pare en tu detrimento.

Carl. Mi mal no puede, aunque quiera,
ser mas. *Trist.* Si puede.

Carl. Es quimera.

Trist. Oye á propósito un cuento.
,,Enfermó un hombre de un ojo,
,,y tanto su mal creció,
,,que de aquel ojo cegó,
,,si no lo habeis por enojo.
,,Con el ojo que de nones
,,le vino á quedar, pasaba,
,,y veía lo que bastaba,
,,sin curas, aguas, ni unciones.
,,Mas como uno le dixese,
,,que si es que vista desea,
,,al Christo de Zalamea
,,devoto, y contrito fuese,
,,donde por diversos modos
,,el cojo, el ciego, el mezquino,
,,con el aceyte divino
,,de todo mal sanan todos:
,,él al punto se partió,
,,con fin de desentuertar,
,,á el soberano lugar;
,,y apenas en él entró,
,,quando á la lampara parte,
,,y tanto el aceyte agota,
,,que entrambos ojos se flota
,,por una, y por otra parte.
,,El ojo que bueno estaba,
,,con el contrario licor,
,,sintió tan fuerte dolor,
,,que del casco se saltaba:
,,y en fin, sin remedio alguno
,,hubo de venir á estado,
,,que de alli á un hora el cuitado
,,ya no veía de ninguno.
,,Al Christo entonces se fue
,,atentando como pudo,
,,y á sus pies muy á menudo,
,,con mas colera que fé,
,,á grandes voces decia:
,,Señor, á quien me consagro,
,,ya no pido, no, milagro,
,,sino el que yo me trahía.
,,Cesó el dolor, y al momento,
,,contento de hallar su ojo,

,,se volvió sin mas antojo
,,de milagro: aplica el cuento.
Carl. Qué importa, si me traspasa
el alma, y aun con mas dolor,
que la muerte. *Trist.* Qué, señor?
Carl. Qué? Las cosas de mi casa.
Trist. Mi señora es tan honrada,
que mas no lo puede ser.
Carl. Si, pero en fin es muger,
y muger necesitada.
Trist. Muchas en el mundo ha habido,
á quien nombre el tiempo da
de firmes. *Carl.* Eso será
siendo dichoso el marido.
Trist. La que es buena, por sí es buena,
sin otra solicitud,
porque la propia virtud
no estriva en la dicha agena.
Carl. Estando en el arco asida;
por qué una cuerda se parte?
Trist. Porque tirando sin arte,
si pasan de la medida,
á donde llega la cuerda,
por fuerza se ha de romper.
Carl. Eso vendrá á suceder
con Leonor, Leonor es cuerda,
pero viendose apretada
de tanto necio galan,
y sobre todo, Tristan,
estando necesitada,
rendida á injustos abrazos,
podrá decir: cuerda fui,
tiraron mucho, y asi
fue fuerza hacerme pedazos.
Trist. Y quando fuese verdad,
tu qué has de hacer?
Carl. Qué? Matarla,
consumirla, y abrasarla.
Trist. No estando tú en la Ciudad,
y siendo Leonor discreta,
cómo has de poder saber
si te pudo, ó no, ofender?
Carl. No hay cosa, Tristan, secreta.
Trist. Quien ama, y honrada fue,
aun no se fia de sí.
Carl. No tiene vecinos? *Trist.* Si.
Carl. Pues yo sé que lo sabré;
que hay hombre que se entretiene
en ser perpetuo veedor,
y para hacerlo mejor,
su libro de caxa tiene,
donde el que quiere saber
si el vecino entró, ó salió,
si la musica se dió,
si se asomó la muger,
lo verá tan puntual,
como fue la presuncion,
y con su cuenta, y razon,
fojas tantas, noche tal.
Trist. Vendrá á ser ese vecino,
si lo cursa dos inviernos,
Cronista en los infiernos.

Salen Teodoro, y Claudio con hachas, y Estela con un tafetan en la cabeza, y Don Fernando acompañando á Leonor, que baxa con ellas hasta la puerta.

Fern. En fin, el galan no vino?
Est. Por llevarte mas presente,
he consentido, Leonor,
que pases del corredor.
Trist. Esta es la calle; mas tente,
que hay dos hachas á la puerta.
Carl. Dos hachas? Aguero ha sido.
Trist. Qué puede haber sucedido?
Carl. Estar ya mi honra muerta,
de enfermedad de algun yerro,
y enterrarla en oro ó cobre,
porque á la puerta de un pobre
nunca hay hacha sin entierro.
Trist. Qué entierro, ó qué frenesí?
No ves á Estela, y Fernando
estar con Leonor hablando?
Carl. Pues escucha desde aqui.
Claud. Carlos, ha sido dichoso,
en encontrar tal muger.
Teod. Como no venga á caer;
porque aunque adore á su esposo,
como son los pareceres
varios, puede su belleza
cansarse de su pobreza;
y hay, Claudio, muchas mugeres,
que sonia mas no poder,
haciendo una liviandad,
malas, por necesidad,

y no por quererlo ser.
Trist. Oyes esto? *Carl.* Muerto estoy.
Teod. Advierte, señor, que es tarde.
Fern. Pues á Dios.
Leon. El Cielo os guarde.
Fern. Ola, el coche: vuestro soy. *vanse.*
Carl. Qué te parece, Tristan?
Trist. Que ha sido tu flema mucha.
Carl. De mi pasion... Mas escucha,
que alli una musica dan.
Trist. Pues qué importa que la den?
No será mejor llamar,
ver á Leonor, y cenar?
Carl. No es mejor, ni me está bien.
Cantan dentro.
Music. ,,Ay necesidad infame,
,,á quantos honrados fuerzas,
,,á que por amor de tí
,,hagan mil cosas mal hechas!
Carl. Ay honor, y como creo,
que habeis de volverme loco!
Quanto miro, quanto toco,
quanto escucho, y quanto veo,
parece que en profecía,
como si me conociera,
me anuncia con voz severa
la triste desdicha mia.
Yo por mi muger infame!
O mal haya el inventor
de este genero de honor,
si honor es bien que se llame
cosa que no está en mi mano,
y estriva en agena culpa!
Pero dará por disculpa
algun político humano,
que como por Sacramento
son el hombre, y la muger,
una carne y una alma, un ser,
una vida, y un aliento,
el agravio se reparte,
segun es la cantidad,
y como por vecindad
le alcanza al hombre su parte.
Pues cómo mi honor manchado,
pudiendolo yo impedir?
No, Leonor, yo he de morir,
y he de morir por honrado.
Vive Dios, Leonor hermosa,
que no has de ofender tu honor,
por ser pobre, y que mi amor
ha de hacer por tí una cosa,
que á poner venga en olvido
quantos triunfos generosos,
por afectos amorosos,
hayan los hombres tenido.
A Dios, Tristan. *Trist.* Dónde vás?
Carl. Esto en el honor es ley,
á verme con el Virrey.
Trist. Jesus que perdido estás;
al Virrey? Escupe luego.
Carl. Quedate, y dile á Leonor,
que voy á morir de amor
como Fenix en el fuego;
y en mi nombre le darás
este abrazo. *Trist.* Escucha, espera.
Carl. No soy hombre, que soy fiera.
Trist. Pues dime, ya que te vás,
á qué vás, para que entienda
el extremo de tu amor.
Carl. A dexar rica á Lonor,
porque despues no me ofenda.
Vanse, y salen algunos criados, y detras el Virrey firmando cartas, y haya un bufete con luz.
Sec. Esta, que firmaste ahora
es para su Magestad.
Vir. Pues luego la trasladad.
Sec. Esta carta? *Vir.* Quién ignora
que vida con *v* se escribe,
no, Secretario, con *b.*
Sec. Yerro de la pluma fue,
que no mio. *Vir.* Quien recibe
una carta mal escrita,
no sabe si fue ignorancia;
y aunque, en fin, no es de importancia,
ni al dueño desacredita,
es una cosa tan justa
hablar siempre con verdad
en todo á su Magestad,
que aun el alma se disgusta
de esa breve niñería:
y asi volvedla á escribir,
porque no se ha de mentir
al Rey, ni en la ortografía.
Sec. Para el Marques, tu sobrino,
es esta. *Vir.* Hay mas que firmar?

Sec. Bien te puedes acostar.
Dentro criados.
Criad. Ay tan grande desatino!
Sin duda que loco viene.
Vir. Qué es esto?
Criad. Un hombre, que ha dado,
en que aunque estés acostado
te ha de hablar. *Vir.* Qué traza tiene?
Criad. Aun no le he visto la cara.
Vir. Pues decidle que entre.
Criad. Entrad.
Sale Carlos embozado.
Carl. Ello es gran temeridad,
pero el amor no repara
en nada. *Vir.* Decid que hable,
pues está ya en mi presencia.
Carl. Solo quiero á Vuecelencia.
Vir. Solo? Suceso notable!
Mas un hombre como yo, *ap.*
que jamas conoció al miedo,
de qué duda? Solo quedo:
idos todos.
Vanse los criados, y cierra el Virrey la puerta.
Carl. Ya cerró.
Vir. Ya está cerrada la puerta,
y á solas estás conmigo,
qué dices ahora? *Carl.* Digo.
(bien mi muerte se concierta)
que has de darme, gran señor,
palabra, sin agraviarme,
sea quien fuere, de escucharme.
Vir. Sí doy, habla. *Carl.* Qué valor!
Yo soy Don Carlos de Osorio.
Vir. Qué dices? *Carl.* Escucha ahora,
ilustre Señor, la accion
mas nueva, y mas prodigiosa,
que en los Anales del tiempo
han escrito las Historias.
Yo maté al Conde, es verdad,
mas fue, porque con mi esposa
le hallé una noche, fingiendo
en la voz, y en la persona,
que era yo, para gozar,
fiado en sus negras sombras,
sino el todo, alguna parte
del aliento de su boca.
Y quando fuera mi dama,
viendole con ella á solas,
hiciera tambien lo mismo;
que mi opinion no se forma
el duelo de aqueste agravio,
porque la muger se nombra
propria, sino porque siendo
dueño suyo el que la goza,
atreverse á enamorarla,
es despreciar su persona,
y no tenerle respeto,
sea, ó no, la muger propria:
que las ofensas del gusto
tambien al alma le tocan.
Temeroso de las Varas,
que en qualquiera parte sobran,
dexé animoso á Valencia;
y huyendo de mil pistolas,
me fui á un monte, tan preñado
de los pinares que aborta,
que sus torcidas raices,
que por la tierra se asoman,
riñendo sobre el lugar,
se pisan unas á otras.
Alli empedrados los riscos
de cantuesos, y amapolas,
tan cerca habitan del Cielo,
que los llantos de la Aurora
en vaso de nacar beben,
primero que el mundo en hor
Por este verde edificio,
discurriendo en mis congojas,
entre dos peñas, hallé
formada una parda alcoba,
que á mi parecer, seria,
si al desaliño se nota,
ó de algun Sátiro, albergue,
ó de algunos brutos, choza.
Entramos yo, y un criado,
que en mis aflicciones todas
me ha acompañado leal,
y mirando á la redonda
aquel hospedaje obscuro,
mil aberturas y bocas
descubrimos, tan confusas,
que en su fábrica arenosa,
aun yo no me hallaba á mí
muchas veces sin antorcha.
Con esto me aseguré

de la molestia enojosa
que mis temores me daban;
y puesto que celda angosta,
en uno de aquellos nichos,
de arboles, pellejos, y hojas,
hice cama, donde estuve
cercado de peñas toscas
diez meses, y mas tres dias,
con el fuego, y con la honda,
matando para comer,
ya la liebre corredora,
y ya el tímido gazapo,
que entre las matas se embosca.
Y estando mirando un dia
requebrarse una paloma,
que á su consorte, ó marido,
quando el Sol los campos borda,
con mil generos de arrullos,
el pico daba amorosa,
ví que un gavilan hambriento
con agudas alas corta
el ayre desde una encina,
y estando mas cerca, roba
de los dos al triste esposo,
llevandole entre las corbas
uñas al arbol primero,
donde con furia rabiosa
se le comió sin trinchante,
llena de plumas la boca.
Y volviendo á la viuda,
ví que afligida, y llorosa,
dando vueltas, y escarbando
con los pies la verde alfombra,
parece que á su fortuna
se quexaba afectuosa;
que en el mas torpe animal
tiene el dolor ceremonias.
Era entre todas, señor,
si bien de una especie todas,
esta mas blanca de pluma,
y mas jarifa de pompa.
Por lo qual otros amantes,
contentos de verla sola,
en vez del pesame, y luto
la cercan, y la enamoran.
Quál una pluma le quita,
quál la alhaga, y la retoza,
quál galan se contonea,
quál la arrulla, quál la ronda,
y quál los granos de trigo
le lleva para que coma:
que hay tambien aves discretas,
y saben que el dar importa.
En fin, aunque se defiende,
y aunque la pena la ahoga,
la necesidad la obliga
(tanto este monstruo ocasiona)
á que el tálamo de pajas
pise de otro amante, nobia.
Esto ví, señor, un dia,
y revolviendo en mis cosas,
confuso, y turbado dixe
á mi cobarde memoria:
Leonor es muger, y pobre,
muy querida, y muy hermosa,
el mundo fuerte enemigo,
ausente yo, y ella sola;
pues qué sé yo si Leonor
hace como la paloma,
y dá lugar en el nido
á quien el trigo la arroja?
Con aquestos pensamientos
el alma traxe tan loca,
que tirar piedras podia
á los sentidos que informa.
Despaché luego el criado
á Valencia, por la posta,
el qual me refiere (ay Cielos!)
de mi Leonor, de mi esposa,
necesidades tan grandes,
y finezas tan honrosas,
que al paso que me regalan,
el corazon me apasionan.
Y despues de mil discursos,
viendo que la tenebrosa
noche me ayuda, en el trage
que miras, entro á deshora,
resuelto á satisfacer,
aunque á morir me disponga,
de mis dudas, y recelos
la conciencia escrupulosa,
y estando en mi calle un rato,
por ver si alguno alborota
mi casa, quanto escuché,
fue anuncio de mi deshonra,
y encarecer á Leonor.

Añadiendo, que aunque ahora
es una peña, un diamante,
un risco, un monte, una roca,
la vencerá andando el tiempo
(si bien de fuerte blasona)
la necesidad infame,
que no hay virtud que no rompa.
Y asi, viendo que mi vida,
ni me sirve, ni me importa,
pues no es vida, bien mirado,
vida con tantas zozobras.
Y acordandome que tú,
á quien me mate ó me coja,
ofreces seis mil ducados,
intento (notable cosa!)
encargarme yo á mí mismo,
para ganar de esta forma,
á costa de una garganta,
lo que Valencia pregona;
y porque Leonor, siquiera,
con esta ayuda de costa,
se libre de los peligros,
que en profecía la acosan.
Mira, Señor, si el amor
que me anima, y me provoca,
es bien nacido, y merece
bronce, y marmol, pues se arroja
como Gentil á la muerte,
que ya me espera por horas.
Yo me prendo, yo me mato,
yo me sirvo de ponzoña,
yo me traigo al sacrificio,
yo doy la leña, y la aroma,
yo me vendo como esclavo,
yo pongo al cuello la soga,
yo soy mi verdugo, yo:
que quando el honor se enoja,
contra sí mismo se vuelve
como irritada pelota.
Cubrame los pies de hierro
la carcel, sus lanzas rompa
la Justicia, que enojada
contra mí se muèstra sorda.
Brote fiscales de oro
que mi inocencia pospongan,
salga de madre el poder,
dé voces la envidia ronca,
y escribanse contra mí
mas delitos, y mas hojas,
que tiene ese mar salado
de arenas, peces, y conchas.
Que aunque sé que de esta suerte
voy muriendo por la posta,
y ha de matar á Leonor
tragedia tan lastimosa,
mas quiero morir, que oir
su pobreza, y mi deshonra,
su riesgo, y mis amenazas,
su desdicha, y mis congojas.
Que para un hombre de bien
que hace estimacion heroyca
de la honra que profesa,
no hay Vida como la Honra.

Vir. Envidioso me has dexado,
porque en fabulas, ni historias,
no he visto resolucion
tan honrada, y tan briosa.

Carl. Qué responde Vuecelencia?

Vir. Que soy Sandoval, y Roxas,
y sé estimar la nobleza.
Espera un poco: ola:

Habla el Virrey con el Secretario, entran todos.

Sec. Señor.

Fern. Qué es aquesto? *Vir.* Entrad.

Leon. Daré voces como loca.

Carl. Mi Leonor?

Leon. Pues cómo, ingrato,
es posible que malogras
una vida, que es tan mia,
por una accion tan impropria
del ser humano? Qué tigre
manchado á trechos, qué onza
pintada de moscas negras
y de color parda, y roxa,
hubiera sido conmigo
tan fiera y tan rigorosa?
Qué me importa la riqueza,
que con tu muerte me compras,
sino puede aprovecharme?
Porque apenas en la losa
tu cabeza destroncada
verá el alma que te adora,
quando con el mismo acero,
aunque parezca lisonja,
me abriré el pecho yo misma,

y de su esfera amorosa
tan vivo te sacaré
en brazos de mi memoria,
que pueda otra vez prenderte
la Justicia cabilosa.
Es posible que me matas?
Carl. Ay Leonor! Ay dulce esposa!
Con esto muero contento;
llega, pide, admite, cobra
en mis brazos la disculpa.
Vir. Hoy, aunque en palabras pocas,
verá el mundo, que compite
con la faccion animosa
de Carlos, mi gran piedad.
Escuchad todos ahora.
Carl. Leonor, oye. *Leon.* Trance fuerte!
Vir. Carlos, por ser tan notoria
la muerte del Conde Astolfo,
porque le halló con su esposa,
confiesa que le mató.
Carl. Es asi. *Leon.* Notable cosa!
Vir. Mas supuesto que el que mata
sin odio, ni vanagloria,
solo por guardar la vida,
ó la hacienda, siendo propria,
aun para con Dios no peca,
y la honra es una joya,
mas que la vida estimable,
y que la hacienda preciosa;
porque, como Carlos dice:
No hay Vida como la Honra.
Digo, que á Carlos perdono,
porque en accion tan heroica,
no ha de enojarse el Virrey
de lo que Dios no se enoja.
Y porque yo prometí
seis mil ducados, sin otras
mercedes, al que traxera
muerta, ó presa su persona,
pues él mismo se ha traido
sin grillos, y sin esposas,
lo prometido le doblo.
Carl. Como Dios haces ahora,
siendo nada, el ser me has dado.
Leon. A tus plantas generosas
ofrezco lo que me das,
que es la vida.
Trist. Aqui hay tres bodas,
aquesto por abreviar
cumplimientos y tramoyas.
Estos señores se casan,
estotros dos se desposan,
yo me arrugo con Ines.
Fern. Y aqui tiene fin la historia
del marido mas honrado.
Leon. No se llama de esta forma.
Fern. Pues cómo? *Carl.* Yo lo diré,
No hay Vida como la Honra.

FIN.

Donde esta, se hallarán las siguientes:

Los dos mas finos Esposos desgraciados por amor, ó las Víctimas de la infidelidad. Pieza facil de executarse en casas particulares.

La Esposa Persiana.

No hay Mudanza ni Ambicion donde hay verdadero amor, el Rey Pastor.

Esther, Tragedia.

El Rigor de las Desdichas, y Mudanzas de Fortuna.

Juanito y Coleta, ó el Pleyto del Marquesado.

El Hombre de bien, Amante Casado y Viudo.